

# La muerte de Jesús

Sobre un fondo de sombras espesas se destaca en la cumbre del Calvario el patíbulo de la Cruz, de la que está pendiente el cuerpo de un Reo que ha sido condenado a muerte con esta especie de suplicio, que por ser tenido en mayor afrenta que ningún otro, se reservaba para los criminales más significados. Movido de la compasión y aún de la curiosidad que la aplicación de la última pena causa y despierta siempre en un corazón que no haya perdido los innatos sentimientos de humanidad miro y contemplo a la víctima de la Cruz, a fin de averiguar por el aspecto de su rostro la especie de delito que motivó su suplicio, con la esperanza de ver a través de no se que medio indefinible, según acomete de ordinario en los otros reos, la imagen del crimen, que, habiendo nacido en el corazón, sale a exhibirse en el rostro. Miro, pues, contemplo, busco el ceño virulento del asesino, el mirar desconfiado del ladrón, o la avilantez irritante del traidor y encuentro la serenidad del inocente, la dulzura del amigo, la candidez del **Justo**. El espacio que en la frente dejó descubierto la corona de espinas aparece sin las arrugas del ceño; los ojos, fijos en la tierra unas veces, en el cielo otras, y en los circundantes que presencian su suplicio algunas, lejos de estar violentos, se asemejan a dos hermosos espejos que retratan el candor; los labios, suavemente plegados, ya se abren para desahogo del corazón en quejas amorosas al Eterno Padre, o en promesas de perdón al hombre, causa efectiva e instrumental de su muerte, ya expresan la bondad sin límites de aquella alma, que por el abandono en que se ve de todos, hasta ¡quién lo creyera! del mismo Dios, sufre mayores atormentos que su cuerpo, con ser éste extremadamente delicado.

Mas esta convicción de la inocencia, de la bondad singular del Reo que me sugiere mi contemplación, valdría muy poco, si no tuviera a su favor, además de las voces unánimes de todos los videntes del Señor, que se sucedieron constantemente durante varios siglos, para profetizar la inocencia y justicia de este manso y humilde. Ajusticiado, el testimonio que con evidencia meridiana se trasluce en los mismos dicterios y befas que le hacen los enemigos y delatores en esas horas de tan terrible y dolorosa agonía: « *A otros hizo salvos, dicen: y a Sí mismo no se puede salvar. Confío en Dios, librele, si le ama, ya que dijo: Hijo soy de Dios* ». Lacónico discurso, que con la elocuencia de la verdad, cuya luz potente no ha podido ahora ser encubierta bajo el negro velo de la calumnia intentada por esas palabras, confirma la inocencia, la bondad y la justicia del Crucificado, cuya vida condensa admirablemente, manifestando haber sido beneficiosa a otros, y buena y justa y santa en orden a Sí mismo, para poner su confianza en Dios.

Aunque no mediara esta confesión clara y explícita de los sacerdotes, escribas y fariseos, reunidos en muchos y animados grupos cerca de la Cruz, e interesados en denigrar la persona y fama del Reo, bastaba el título, que muy a pesar de aquella chusma puso Pilatos en lo alto de la Cruz, como para manifestar públicamente la causa de la sentencia: « *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos* ». ¿Qué mejor argumento para probar la justicia del Crucificado, que el expresado en estas palabras? A la verdad, con este título se declara que el que muere en el patíbulo afrentoso es **Jesús**, el hijo putativo de una honradísimo menestral, de José, quien por su profesión de carpintero, y sobre todo por su carácter bondadoso, había sido muy conocido y estimado de sus paisanos los nazarenos; es **Jesús**, que amante de la soledad, donde el corazón descansa siempre en paz y en quietud, permaneció en su casa, retirado del trato engañoso del mundo, treinta años consecutivos, es **Jesús**, conocido en su vida pública de predicación con el sobrenombre de **Nazareno**, el **Nazareno**, que en confirmación de su doctrina, multiplicó cinco panes y dos peces para alimentar a millares de personas en el desierto; el **Nazareno** que convirtió el agua en vino en las bodas de Caná de Galilea; el **Nazareno** que descubrió proféticamente los pecados de la Samaritana, el **Nazareno** que resucitó a Lázaro después de tres días muerto; el **Nazareno**, que haciendo todas estas maravillas, se declaró **Rey** para cumplimiento de las profecias, pero añadiendo que *su reinado no era de este mundo*; es en fin, este Reo crucificado, el bueno, el inocente, el **Justo**, el único de quen pudo decir con toda verdad el autor de los Hechos Apostólicos: « *pasó haciendo bien, y librando a todos los que gemían bajo la tiránica opresión de Satanás* ». « *Por eso Dios lo ensalzó como atestigua S. Pablo, y le dió un nombre que está sobre todo nombre, para que rodilla en tierra lo respeten y lo adoren los Angeles y Bienaventurados del Cielo, los hombres y todas las criaturas de la tierra, y los demonios y condenados del infierno* ». Yo me conduelo pues con las piadosas mujeres, que han acompañado al divino Reo hasta el Calvario; yo, me conduelo con María Santísima de la muerte de Jesús en ignominioso patíbulo; pero al mismo tiempo le admiro *bienaventurado* en el Trono de la divinidad reciniendo las alabanzas de los ángeles y de los Santos. Porque sin duda en Jesucristo, mejor que en ningún otro hombre perseguido, tiene adecuada aplicación la última cláusula del sermón de la montaña: « *Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos* ».